

cedan sean mejores y más felices que nosotros. Todo hombre, por desgraciado y pobre que sea, puede contribuir al progreso en cierta medida. El que planta un árbol contribuye, y lo mismo hace el que después lo corta y lo divide en tablas; el que junta las tablas para hacer un banco, contribuye también á la obra, y el que se sienta en el banco, coloca un niño sobre sus rodillas y le enseña á leer, aporta mayores beneficios que los demás. Los tres primeros han añadido alguna cosa al capital común de la humanidad; el último ha añadido algo á la humanidad misma. Ha iluminado á un hombre, es decir, le ha dado capacidad para ser mejor.

Cualquiera que no se deje cegar por sus comodidades personales ó por los humos turbulentos del espíritu de partido, reconocerá que nuestro siglo es el más grande de todos. Es preciso ser muy ignorante ó estar muy ofuscado para echar hoy de menos tal ó cual época pasada.

¿Quiere esto decir que nuestros hombres de Estado sean más virtuosos que Arístides, nuestros generales más invencibles que César, nuestros escultores más admirables que Fidias, y nuestros pintores más divinos que Rafael? No por cierto. Y hasta debo confesar que desde el punto en que me coloco se ven pocos grandes hombres que levanten la cabeza por encima del nivel común. Pero lo que se ha elevado prodigiosamente es el nivel mismo. El siglo de Pericles visto de lejos no representa más que un pequeño estado mayor de gentes de talento ó de genio agrupados al redor de la Acrópolis de Atenas.

El siglo de Augusto con todas sus grandezas y sus glorias cabría por completo en una de las salas del Palatino. Juntaríais fácilmente todo el siglo de Leon X en la capilla Sixtina, y Versalles sería muy grande para contener el siglo de Luis XIV ó su corte, que es lo mismo.

Pero la comunidad de los mártires, el grueso del ejército, los millones de hombres que habitaban la superficie de la tierra ¿cómo vivían en los tiempos de Luis XIV, de Leon X, de César y de Pericles? ¿Cuál era el término medio de la duración de su existencia? ¿A qué precio y con que esfuerzos ganaban el pan de cada día? ¿Consumía cada uno de ellos durante el año los tres hectólitros de trigo que son estrictamente necesarios para el alimento? De las veinticuatro horas del día ¿cuántas les quedaban libres para pensar, para aprender, para razonar, para amar, para desenvolverse en sí mismos el ser moral? ¿A qué peligros se hallaban expuestos? ¿De cuántos malhechores tenían que huir? Estas son cuestiones dignas de ser estudiadas. Antes un puñado de personajes eminentes bastaba para señalar una gran época; hoy la historia empieza á pedir algo más.

A sus ojos, la época mas grande no es aquella en que algunos individuos han hecho resaltar mejor la miseria y la ignorancia de los demás, sino aquella en que la humanidad en masa hizo sus mas largas etapas en el camino del progreso.

T. C.

(*Se concluirá.*)

LAS MANOS HABLAN

I

TE acuerdas? Junto á mi estabas,
y de esperanza y de miedo
me temblaba el corazón,
cobarde en aquel momento.

Tu rostro estaba encendido,
latía veloz tu seno:
yo me miraba en tus ojos
y respiraba tu aliento.

—¿Me quieres? dije á tu oído,
tu linda mano cogiendo,
y tu mano, húmeda, ardiente,
contestó al punto:—*Te quiero.*

II

Después de un año de ausencia,
año en que viví muriendo,
te ví al fin, y el regocijo
me rebosaba del pecho.

Pensativa, indiferente
mis ojos allí te vieron,
y al verte de tal manera,
el dolor ahogó mi pecho.

—¡Ya no me quieres! te dije,
tu linda mano cogiendo,
y tu mano seca, fría
contestó cruel: *Es cierto.*

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

EL ALMA

Es cierto que existe algo superior á la materia, algo impalpable, indivisible, inmortal, inteligente, libre y responsable? Una voz secreta me dice que sí en el fondo de mi corazón. Me parece sentir ese *algo* temblar en mis labios, brillar en mis miradas, agitarse en mis movimientos. ¡Ah! cuando estrecho la mano á algun ser querido que va á partir para siempre ó para muchos años ¿no hay más que la fuerza orgánica en aquella melancolía y en aquel dolor? ¿no hay más que pobres secreciones del saco lacrimal en aquellas lágrimas que bañan mi rostro y que arden todavía al caer en mi mano?

¿De qué nos sirve esta sensibilidad esquisita que nos ha dado la naturaleza? ¿de qué nos sirve ese afán continuo de sentir lo infinito y de comprender lo inexplicable? ¿Qué razón de ser tienen la voluntad, la justicia, el amor, el odio? ¿Qué fuerza, qué sér ó qué azar nos ha creado pequeños y nos ha dado grandes aspiraciones? Tantos pensamientos, tantas sensaciones tantos admirables arranques de la fuerza de voluntad, tanta ciencia, tantas luchas, en fin, toda esa vida agitada y ardiente, ¿se revuelve en un poco de ceniza encerrada en una pequeña caja que los hombres olvidan y que el tiempo extingue?

¿Por qué la metafísica no está alumbrada por una luz penetrante é imperecedera? ¿por qué no podemos fundar toda nuestra ciencia, más que en hipótesis? Inadvertidamente, en todos los actos de nuestra vida damos por sentado algo cuya demostración nos sería imposible. Podemos sentir la existencia, pero ¿explicarla? ¿demostrarla? nunca.

Oh materialista, hasta tú si intentas demostrar la existencia de la materia, tropiezas con las mismas dificultades con que tropieza el espiritualista cuando intenta demostrar la existencia del alma. ¿Pruebas la existencia de la materia, por el testimonio de los sentidos! pero ¿cómo has adquirido la certeza de los sentidos? ¿no pueden darte imágenes y percepciones falsas? ¿quién te asegura que cuanto nos rodea no es quimérico? ¿no existen sorprendentes ilusiones ópticas? ¿Cuántas veces, si quieres hablar con sinceridad, has creído ver, tocar, oír algo, que bien examinado ó considerado en otras circunstancias, te ha parecido y ha sido realmente lo contrario!

Dices que el alma no es un ser inmaterial y libre, sino que solo es el resultado de las funciones de la masa cerebral; en una palabra, que no es la causa, sino el efecto. Examinemos. La masa cerebral se compone de dos sustancias, una gris entre negruzca y rojiza, que á simple vista ofrece una apariencia casi homogénea, y una sustancia blanca que forma rayas irregulares en distintas direcciones. La sustancia gris es el centro de la actividad nerviosa; la sustancia blanca es el elemento conductor. Pero ¿quién ó qué infunde calor y fuerza á la sustancia gris? ¿quién ó qué presta movimiento á la sustancia blanca? ¿ellas mismas? ¿y cómo? ¿por un impulso explícito de su voluntad? ¿y esas voluntades son simultáneas? ¿hay dos fuerzas, una para cada sustancia? si esas dos fuerzas se armonizan perfectamente, ¿cómo es posible que sean iguales las fuerzas procedentes de sustancias distintas en forma y en esencia? ¿esas fuerzas obran impulsadas por otra fuerza superior á ellas? y ese impulso invisible y superior ¿no puede ser el alma?

Richerand comprimiendo la masa cerebral de una mujer á quien una estensa necrosis había arrebatado algunos huesos del cráneo, notó que la mujer perdía la inteligencia y la sensibilidad mientras duraba la compresión. Pero ¿esto prueba que el alma sea el resultado de las funciones del cérebro? ¿se opone á que sea un ser independiente de la materia? solo prueba que el alma no puede manifestarse cuando el cérebro está entorpecido. ¿Oiríamos el sonido en el vacío? no; ¿por qué? por la carencia de aire que formase las ondulaciones sonoras ¿Podemos decir, sin embargo, que el aire es la causa del sonido? el aire es para el sonido un elemento imprescindible, esencial, pero no es la causa. La causa del sonido es el impulso que agita el aire.

Me parece que la vida y la inteligencia no son movimientos de la materia. Esa vida tan variada, la inducción, la deducción, la comparación ¿es posible que solo sean resultados de la combinación de simples moléculas? Las grandes creaciones del genio ¿no consisten más que en excitaciones del fósforo? las grandes ideas, la virtud y el heroísmo ¿no son más que secreciones albuminosas?

El materialista, se encierra en un círculo vicioso. Dice que la vida es la fuerza que reside en la materia. ¿Qué causa crea la fuerza? ¿la combinación de los átomos? pero ¿qué causa impulsa á los átomos á combinarse? la fuerza de la materia. ¡La fuerza! ¡la fuerza! ¿qué es ese fantasma que siempre se encuentra? ¿qué es ese algo inviolable que no han sabido explicar todos los materialistas del mundo, y en el cual se estrella toda investigación? ¿Pretenden acaso dogmatizar un principio indemostrable? Oh! no hemos de suponer que exista ese intento en los supremos apolo-gistas de la razón y de la lógica.

Tratemos ahora de la responsabilidad humana. Este *yo* que piensa, que siente, que quiere; este *yo* que recuerda y que espera, que es idéntico al de ayer, que se desarrolla siempre con los mismos elementos ¿no es nada más que un poco de materia puesta en movimiento? Hay unidad en el pensar, sentir, querer, recordar, esperar etc.; por consiguiente debe existir un solo foco de donde parta toda la vida. El foco es el cérebro, pero ¿todo el cérebro? imposible, porque hay en él diversidad de sustancias; ¿el foco es una sustancia determinada? imposible, porque hay en ella infinidad de átomos; ¿es pues un solo átomo el centro de la vida y de la inteligencia? pero ¿qué átomo es el preferido? y el que tiene la preferencia ¿por qué, si los demás son iguales á él? ¿Qué extrañas consecuencias produce la afirmación de esa tesis! ¡un sólo átomo ha descubierto el Nuevo Mundo, ha inventado la imprenta y ha medido las leyes del universo!

En vano Bousais, Cabanis, Locke, Condillach, Destutt de Tracy, Buchner y tantos otros materialistas se han esforzado en querer probar la negación del alma. Han demostrado los accidentes de la vida, pero nunca han demostrado la razón, la causa.

Quizás el alma existe y está en relación con el cuerpo, de un modo misterioso. ¿Acaso sabemos como la electricidad y la ley de atracción están en relación con la materia? Y no obstante ¿quién se ha atrevido, quién se atreverá á negar esas relaciones?

¡Oh! ¡quién sabe! ¡quién sabe! Acaso detrás del sepulcro hay el eterno silencio y la eterna oscuridad, pero acaso existan la luz y el colmo de esta esperanza que nos acompaña fielmente en nuestras dichas y en nuestros dolores. ¿Quién sabe! El hijo que muere, el ser querido que parte, el amor que se pierde, tal vez bajan á la tumba para no volver á levantarse, pero ¿es imposible que vivan en otra parte más bella y más serena que este lugar sombrío y triste? ¿Es falso el ideal de la Belleza y de la Bondad? Una conciencia recta, una virtud acendrada, una voluntad enérgica, una sublime abnegación ¿han de pasar desapercibidas y han de quedar sin premio? ¿De qué sirven tantos años de afán, de estudio y de desdicha? Esas criaturas buenas, resignadas, humildes, que viven en el martirio y que sufren en silencio, ¿han de tener el mismo destino que la muchedumbre corrompida y falsa? Quién sabe!

UN ESPIRITUALISTA.

ALLÁ

DEBE haber un paraje indefinido,
allá, no sé en que parte misteriosa,
á donde va la queja dolorosa
de todo corazón no comprendido,

el desencanto del amor perdido,
la esperanza tan falsa como hermosa,
el deseo de gloria, la imperiosa
voz de este ardiente afán nunca cumplido,

el suspiro de virgen solitaria
que en anhelo de amores se consume,
el místico rumor de la plegaria,

cuanto hay de armonía y de perfume,
todo lo que se apaga ó se evapora,
todo lo que se espera ó que se llora!

J. M. F.

MOROS Y CRISTIANOS

LA procesión es solemne. Por las anchas calles cubiertas de flores, entre apiñada muchedumbre que se agita como las olas del mar, atraviesa la gran procesión que camina lentamente, lentamente, para que la lentitud le imprima mayor majestad.

La Iglesia Católica celebra una de sus festividades; las oraciones cantadas por armoniosas voces se elevan entre nubes de incienso, y así son mejor recibidas por el Ser Todopoderoso.

De los balcones y de las ventanas cuelgan tapices y cortinajes de seda; las hermosas damas y las esbeltas doncellas se apoyan suavemente sobre cortinajes y tapices y contemplan sonrientes el paso de la solemne procesión. No importa que de vez en cuando doncellas y damas contemplan también á tal ó á cual caballero y les sonrían con más gusto que á las imágenes de los santos.

Qué profusión de luces! qué variedad de trajes! las doradas cruces de las parroquias, las músicas militares, los niños de las casas de beneficencia, las representaciones de los antiguos gremios, los monaguillos con la túnica encarnada y el blanquísimo sobrepelliz, los vistosos pendones y los misticos estandartes, los personajes con sus insignias sobre el pecho, los sacerdotes con sus vestiduras recamadas de plata y oro... todo ese brillante conjunto avanza armoniosamente, entre el asombro y el placer de la muchedumbre.

Las campanas, volteadas por robustas manos, lanzan sonoros acordes y unen su gozo al gozo general.

Todo es lujo y esplendor, todo es elegancia y perfume y luz y cánticos, y una atmósfera de muelle sensualidad invade los espacios y los corazones. Y la procesión avanza, avanza lentamente, presidida por las autoridades, que visten traje de gala, y seguida por bulliciosa muchedumbre, mas apiñada todavía que la que se estiende á ambos lados de la procesión.

Y entretanto, en aquel mismo instante precisamente, atraviesa por los desiertos de África otra muchedumbre, otra procesión muy distinta de la que atraviesa por las calles y plazas de la gran ciudad europea. La del África es una caravana de árabes, que sin lujo, sin ostentación, padeciendo hambre y sed, fatigándose, sosteniendo batallas con los elementos y con las fieras, viendo que las enfermedades diezman sus filas, se dirige hácia la ciudad santa, hácia la Meca, á saludar los restos de Mahoma.

EL DOCTOR PÉSIMO.